



Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Este tres veces H. Consejo editorial de esta no menos honorable Universo de El Búho, se complace en recibir, como siempre, en este espacio estelar a nuestro ínclito colaborador e incansable luchador social que es Carlos Bracho. Como no queremos menospreciar a ninguno de los demás escritores de nuestra revista, todos a cual más de brillantes y magníficos, en esta ocasión nos limitaremos a decirle a usted, lector amable, que el siguiente Tranco tiene buenas razones para ser gozado con amplitud. Pero antes es bueno señalar que noviembre es un mes propicio para nuestra revista, sí, en estos días cumplimos un aniversario más. Estamos de mantel largos. La ocasión, esta ocasión, la queremos para decirle a todo el mundo que seguimos con el tiraje de miles de revistas para impulsar la cultura. Es una labor conjunta, es una tarea de gente que trabaja como un verdadero equipo, los nombres de nuestros colaboradores es amplia y cualquier publicación quisiera tenerlos entre su directorio. Y qué decir de los artistas plásticos que mes a mes nos sorprenden con sus creaciones que son muestra de su gran talento. Pero, en fin, en este

número ustedes, ávidos lectores, encontrarán noticias a este respecto. Dicho lo anterior, obremos en consecuencia y dejemos que la pluma de nuestro autor corra libremente por los espacios en blanco. Que usted lo disfrute.

Aquella tarde las nubes amenazaban con descargar su furia y su líquido. Había que correr para guarecerse. La amenaza se tornó realidad y las primeras gotas cayeron con fuerza sobre mi cara. No traía el paraguas, así que me refugié en un café restaurante cercano. Apenas llegué al lugar ya estaba pidiéndole al mesero un vodka, solo. –Como lo tomamos los rusos.– Le dije al mesero que solicito me lo sirvió, y como esa era la hora del amigo, me dio doble ración. En estos lugares siempre me gusta sentarme en alguna mesa que tenga enfrente una ventana y que no haya demasiada luz. Perfecto. Para una tarde de frío y lluvia una bebida fuerte cae de lo mejor. Afuera la gente se afanaba en protegerse del diluvio. Unos corrían para guarecerse del agua colocándose debajo de alguna cornisa amable. Otros abordaban el autobús. Tomé y disfruté mi primer trago largo. El espíritu del vino y el alma de Baco sacudió mi cuerpo. Respiré y al cruzar mis brazos toqué mi libreta de direcciones. Ah, me dije, esto es una señal. Y sí, recordé que tengo una amiga a la que solo conozco de nombre. Me explico: yo envío mis editoriales por el invento de hombre blanco que es el correo electrónico.

Bien. Desde hace tiempo tengo comunicación con la señorita Tse, y ella hace lo mismo, recibe mis escritos pero no me conoce. Como tengo su teléfono particular para posibles aclaraciones de los textos, marqué su número, total, si la encuentro la invito a que me acompañe, y así sabremos quiénes somos. Sí, yo estaba de suerte, me contestó, le dije que esa tarde/noche de lluvia era un momento adecuado y muy propicio para conocernos. No había transcurrido media hora cuando ella apareció en la puerta. Yo sabía que ella era ella y ella sabía que yo era yo. Simple. Nos dimos un abrazo y ella quiso tomar lo mismo que yo tomaba. Es peligroso, le dije, el vodka se sube con rapidez a la cabeza y luego la hace desvariar, sonrió y nos empezamos a ver cara a cara. Sí, quizás estuvimos unos minutos reconociéndonos mutuamente, quizá su mirada se fijó en mis manos, quizá observó mis labios, quizá le gustó el tono de mi voz. Yo sí la miraba plenamente. Dibujé su rostro, pasé mis dedos por su frente, por su mejilla. El encuentro fue formidable. Nos habíamos caído bien. Cuando al calor de los vodkas nuestras manos se tocaban surgía algo como una pequeñísima descarga eléctrica. Sí, era eso, era la señal de que nuestros pieles eran del mismo planeta giratorio. Cuando mi mano tocaba su hombro un temblor la llenaba toda. Sí, era la señal. Sí, el Cupido lisonjero no tuvo que batallar mucho con la mira de su arco, el tiro de su flecha ya había hecho blanco en nuestros cuerpos. Tse, aceptaba mis caricias, Tse aceptaba mis besos; besos que eran no muy profundos, besos que no llegaban todavía a las alturas de Afrodita. El lugar no era el propicio. Pagué la cuenta. Y salimos. Mi auto fue testigo del primer abrazo pendenciero. Tse, sonreía, Tse aceptaba todo. Tse estaba feliz. Yo estaba feliz. Tse me invitó a su casa. –Allí vivo y allí trabajo. Estoy sola.–Para qué agregar más, para qué preguntar más. Aceleré; la lluvia era intensa y sacudía los árboles de su calle.

Abrió la puerta. –Está en el segundo piso.– Me dijo y apretó el botón del elevador. No bien se hubo cerrado la

puerta cuando ese pequeño espacio nos juntó todavía más, mis brazos la apretaron con fuerza y nuestros labios se encontraron, ahora sí, libres de miradas indiscretas, y de no ser por que la puerta del ascensor se abrió porque acabamos de llegar a nuestro destino, quizá hubiéramos permanecido allí, atados, juntos, hasta que el combate hubiera terminado.

Tse arrojó lejos su suéter rojo que tenía un cuello que parecía una pequeña piel redonda. Luego se fue quitando todas y cada una de sus prendas. No se dejó ni una sola. Sí, Tse estaba allí con los brazos abiertos con los labios de mujer encantada y en actitud de espera, con los ojos que se empezaban a llenar de un color volcánico. La recorrí con mi mirada. Gocé el momento. Rodamos por el suelo. La alfombra mitigó los movimientos de rotación y traslación que sus muslos y mis caderas habían iniciado desde que la lluvia se había calmado. De la alfombra descubrimos el sofá que nos abría los brazos. Allí recostados nos dijimos muchas cosas, dijimos que los relámpagos incitan a la cercanía, que la música de las gotas pegando sobre el vidrio de la ventana produce calosfríos ignotos, que los vodkas son en verdad un peligro pavoroso, pero que qué bien que a nosotros eso no nos afectaba, que si estábamos allí, acurrucados, pegados el uno a la otra, besándonos, abrazándonos, dejando que las manos mías hiciera todo lo que hay que hacer con la piel de una mujer, dejando que sus manos, sus manos tersas, manos de china inquieta, caminaran por toda la extensión de mis brazos, de mi cuello y mi torso, si hacíamos eso no era provocado por los vodkas, no, no, de ninguna manera, lo hicimos porque sin conocernos, ya nos conocíamos desde antes. Sí, si estábamos allí atados, unidos, viviendo la vida, era porque ya su mente había estado conmigo, porque mi pensamiento ya la había raptado, violado, fustigado, gozado. Sí, nos dijimos muchas cosas. Luego en la ducha ya no hablamos, no, ya no era necesario, ahora les tocaba otro turno más a nuestras pieles. Y sí, ellas

charlaron, ellas platicaron, ellas se dijeron mil y una cosas lindas. Eran pieles que eran la una para la otra. No había duda sobre eso. Porque eso se siente. En eso no hay mentira, en eso no hay engaño. Una piel tiene certeza. No se equivoca jamás. Por lo tanto estuvieron nuestras pieles dialogando, permanecieron por horas enteras disfrutando de la delicia del agua y del vapor. Los labios estaban dolidos ya, pero no cejaban en su empeño de sentirse juntos. Para qué cuento lo que los dedos de nuestras manos hicieron, para qué digo lo que los muslos se gritaron, para qué digo lo que sus espaldas le dijeron a mi pecho.

Luego nos venció un sueño y caímos en el abismo rico y saludable del descanso. Los brazos de Morfeo nos dieron cobijo. Vale.

Tse. Permanecía dormida. No quise despertarla. Cuando estaba por salir de la habitación. Tse me dijo con voz queda: –“Junta a la puerta de salida están unas copias de las llaves de este departamento. Tómalas, puedes venir cuando gustes–

En las tardes de lluvia abro su puerta. En las noches de frío voy a su departamento. En las noches de calor llego a su puerta y abro... ■

cbracho@prodigy.net.mx



Alfredo Zalce